





Domenic Stansberry

# La Confesión

Traducción de Raquel Vázquez Ramil



ediciones Pàmies

Título original: *The Confession*

Primera edición: septiembre de 2007

© 2004 by Domenic Stansberry

© de la traducción: Raquel Vázquez Ramil, 2007

© de esta edición: 2007, ediciones Pàmies  
Carlos Alonso, editor  
C/ Monteverde, 11  
28042 Madrid  
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-00-3

Diseño de la cubierta: Jon Arriaga

Foto de cubierta: Medioimages/Photodisc - Getty Images

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

## LA CONFESIÓN



## PRÓLOGO

A veces cierro los ojos y me imagino en la cumbre del monte Tamalpais, el recortado pico que corona Marin. El clima benigno se vuelve desagradable y nublado de pronto. El viento sopla a mi alrededor como si yo no existiera. Corren rumores sobre esa montaña: de espiritistas que abandonan el mundo material mientras caminan por sus elevados senderos, de pumas que duermen sobre la hierba, de coyotes que capturan a los niños y desaparecen entre las rocas.

Al oeste está el Pacífico gris y al este la bahía de San Francisco, y la lengua de tierra que acotan es variopinta: áridas playas, verdes pastos y bosques negros, colinas pardas y cañones preñados de luz amarilla. La red de carreteras desciende por las montañas, sobre los antiguos cementerios indios, ante comunas abandonadas y refugios Zen. Serpentea bajo las casas singulares que resplandecen en los promontorios, entre pueblos antiguos, con plazas en las que crecen madroños, eucaliptos y robles. Pueblos muy americanos, iguales unos a otros.

Esa montaña es un lugar en el que la gente se encuentra con su interior, donde se separa del mundo.

Yo floto sobre todo aquello, sobre las secuoyas y los encinales, sobre los caminos y los viejos arroyos que fluyen entre las subdivisiones de las marismas. Veo los coches que se desvían por la 101, la arteria gris que rodea la bahía.

Lo veo todo, me digo a mí mismo. Veo todas las cosas.

Mi antigua casa, mi antigua esposa.

Elizabeth, sola junto al agua.

Alguien me dijo que las visiones no son más que ilusiones. Creo que fue en un cóctel. Un colega. Todos los sueños nacen en la oscuridad, me dijo; y hay veces, como ahora, en que siento la oscuridad dentro de mí.

Abro los ojos.

Ya no estoy en la montaña. Me encuentro muy lejos. En otro lugar y en otro momento. Mi esposa está junto a mí en la cama.

Dicen que la vida es un círculo. Empezamos donde terminamos. Ya no discuto esos tópicos. Cierro los ojos y me encuentro donde empecé, en aquel muelle, en el extremo opuesto de la montaña, con su collar en la mano.

PRIMERA PARTE

**Sara y Elizabeth**



# 1

Algunos recordaréis esta historia. Ocurrió hace diez años, cuando trabajaba como psicólogo forense en el condado de Marin. Gran parte de mi trabajo consistía en hablar con criminales y en declarar luego sobre su salud mental en los tribunales. La tarde en que empezó todo esto, la tarde en que me desmayé en el apartamento de Sara Johnson, debía examinar a un hombre acusado de estrangular a su esposa.

A causa del incidente y de todo lo que sucedió después, sé que mucha gente desconfiará de lo que yo cuente. Dirán que Jake Danser no es de fiar, que tengo motivos ocultos y que finjo sinceridad, confesando debilidades menores para esconder un mal mayor.

No soy inocente de todos los cargos, lo reconozco. Tenía treinta y siete años entonces y era vanidoso como todos los hombres en esa etapa de la vida; pretendía dominar el mundo y sentía que había llegado a un punto crucial, al momento de hacer balance. Y al mismo tiempo, tenía mis predilecciones y mi propio pasado, y esas cosas me condicionaban de una forma que no podía evitar. Tal vez las viejas emociones, al salir de nuevo a la superficie, provocaron el incidente de aquel día en el apartamento de Sara. O tal vez la causa fuera otra cosa. No lo sé. No puedo decirlo.

Esa tarde me reuní con Sara Johnson en su apartamento de Sausalito. Sara era abogada, diez años más joven que yo. Trabajaba en la oficina del defensor de oficio, y nos habíamos conocido por un caso que yo había llevado sobre un anciano esquizofrénico que se negaba a tomar la medicación. Mi testimonio lo había librado del psiquiátrico, y Sara me admiraba por ello. Era una joven sana, idealista y franca, salvo por el hecho de que hacía unas semanas que se veía conmigo, subrepticamente, en despachos escondidos, ascensores y cuartos de baño. Los encuentros furtivos ganaron en intensidad y acabamos por vernos en su apartamento, donde habíamos quedado esa tarde.

Preparé con esmero un par de copas. Vodka para ella, ginebra para mí.

Sara suspiró profundamente y entró en la cocina. Cuando salió, su vaso estaba vacío.

—¡Qué rápida!

—Todo el mundo habla del caso Mori —dijo—. ¿Has visto la difusión que le dan los periódicos?

—Sí.

—Angela Mori era una mujer muy guapa —comentó Sara con una punzada de envidia en la voz. La mujer fallecida y ella tenían la misma edad, procedían de ambientes similares, tenían los pómulos altos y aspecto de privilegiadas—. La conocías, ¿verdad?

—No hablemos de Angela. —Bajé la voz con un ligero temblor, un titubeo casi imperceptible—. Tú también eres muy guapa.

—Y estoy viva. Es lo que tengo a mi favor.

Se volvió para mirar hacia fuera, colina abajo, entre los cables telefónicos que se encaramaban sobre las calles grises hasta el puerto. Si se fijaba uno, se veían los veleros, pequeños y blancos en la bahía. Era un día típico del condado de Marin, azul y un poco ventoso. El sol arrancaba destellos al mar y los coches relucían en la carretera.

—Jake —dijo Sara—. ¿Qué vamos a hacer?

Me acerqué a ella por detrás, la cogí por la cintura y puse la mano sobre su estómago, rozando su blusa blanca. La besé en el

cuello, sentí cómo se arqueaba hacia mí, y durante un momento me dio la sensación de que algo se movía en mi cabeza y de que mi sangre bullía. Vi nuestra imagen en el espejo: los cabellos rubios de Sara, sus pechos pequeños y las largas piernas; mis ojos azules y mi pelo negro y largo, en el que empezaban a asomar las canas, recogido en una cola de caballo. Metí la mano bajo su falda, ella cerró los ojos... y en ese momento me acordé de mi esposa.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Sara de nuevo.

Aunque Sara no era ingenua, la pregunta sí lo era. Sus ojos seguían cerrados. La expresión de su rostro indicaba que se estaba replegando hacia algún lugar secreto. Nos tumbamos sobre la cama. Su cuerpo emanaba una frescura y una expresividad maravillosas. Mis pensamientos se arremolinaron. Otra vez mi esposa. Nuestra bonita casa en el cabo... Nuestras preciosas cosas...

Entonces me acordé de Angela Mori y de las fotos del depósito de cadáveres que había visto sobre la mesa del despacho del abogado de su marido.

Sara y yo aún no nos habíamos desnudado. Ella llevaba su ropa de trabajo, una falda por la rodilla y una blusa que se abotonaba a la espalda. Me acarició el cuello y acto seguido sus dedos se deslizaron por mi corbata hasta llegar al cinturón. Enseguida nos acaloramos. Levanté la falda de Sara y ella se apretó contra mí, excitada. El nudo de la corbata se había soltado y colgaba entre nosotros. Tiré de ella, serpenteó sobre el pecho de Sara y de alguna manera quedó enrollada en las muñecas de ambos.

—Tus ojos —me dijo—, tienen vida propia. Brillan de forma especial.

—Las ventanas del alma —me burlé.

—¿Crees en eso?

—¿En qué?

—En el alma.

—A veces sí y a veces no. No sé.

—Tu trabajo —comentó—. Todos esos locos. Los criminales. Debe de ser difícil.

Se quedó callada unos momentos. Su cuerpo se apretaba contra el mío. Nos movíamos con un ritmo más hondo y convulso.

Me incorporé y la miré a la cara. Ella rodeó mis caderas con las piernas. De repente se echó a reír. Una risa profunda que brotaba de un lugar recóndito, soñolienta y provocativa. En ciertos aspectos era una mujer atrevida.

Me aparté.

Al otro lado de la ventana se veían nubes bajas sobre la colina. Nubes blancas, niebla en realidad, que no tardaría mucho en descender. El viento ya había empezado a rugir en los tejados. Conocía bien aquella brisa zumbona, azotaba mi casa, mía y de Elizabeth, al otro lado del cabo, en Golden Hinde.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sara.

—Nada. No nos apesuremos. Prolonguemos el tiempo.

En la habitación reinaba una vívida luminosidad. Las cortinas, los dedos de los pies de Sara, su blusa doblada sobre la silla, todo estaba envuelto en luz, un aura no muy distinta a la que precede a cierto tipo de ataques. Experimentaba a menudo momentos similares, como si el resplandor del sol se deslizase por los contornos del mundo. En trance, absorbo en el instante, a veces no reconocía su presencia hasta después, en el recuerdo. Así que ahora, mientras escribo esto, no sé si ocurrió de aquella forma.

Sara se volvió hacia mí.

—Hace ya bastante tiempo que nos vemos de esta manera —comentó.

—No tanto. Unas semanas.

—No era esto lo que había planeado. Un asunto como éste, con un hombre casado. Tengo novio.

—Lo sé.

—Va en serio conmigo.

—Sí, ya me lo dijiste.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Esta tarde tengo que ir al correccional.

—No me refiero a eso.

Sara estaba a horcajadas sobre mí. Extendí la mano, le toqué los pechos, y gimió. La bebida le había hecho efecto. Era una bebida fuerte, yo sabía combinarla bien, y se la había tomado muy rápido. Mi corbata colgaba de su cuello, doblada como una bufanda.

—Tu esposa, Elizabeth, lo sabe, ¿no?

—No creo.

—Lo sabrá tarde o temprano.

No dije nada.

—¿Qué piensas hacer con respecto a nosotros?

Tal vez fuera aquello el detonante. La pregunta de Sara. La ansiedad que suscitaba. Estaba confuso, dividido entre dos mujeres. Seguía queriendo a mi esposa. O tal vez fuese tan solo algo que no funcionaba bien en la blanda masa del cerebro. Algo provocado por su forma de moverse, con los ojos cerrados, cabalgando sobre mí. Una especie de movimiento adormecido, amodorrado, envolvente, como si ella se deslizase hacia un torbellino y yo estuviese en el centro. No habló. Su cabeza se desplomó cayendo hacia atrás.

Resulta difícil describir qué sucedió a continuación. Recuerdo que yo estaba tendido, con Sara encima. La tocaba suavemente, con las manos sobre sus hombros, y de pronto la sujeté con fuerza. Percibí su resistencia, la vi dominada por el pánico. Yo tenía los músculos paralizados, crispados, y no podía abrir las manos para soltarla. Sentí la convulsión. Levanté la cabeza, la miré a los ojos, intentando llamarla por su nombre, pero se apartó. Tiré de ella. Actué con torpeza y nuestras cabezas chocaron. Entonces debí de sufrir un ataque. Perdí el conocimiento. No sé durante cuánto tiempo. Me reanimé lentamente en medio de la oscuridad. Percibía sus movimientos en la habitación, la oía hablar, pero no podía moverme. De pronto el hechizo se rompió y me levanté, sentándome al borde de la cama. Cerré los ojos y vi una sombra dentro de mí, un hombrecillo que se movía dentro de la sombra de otro hombrecillo que a su vez caminaba al borde de un plano oscuro. Sara estaba al otro lado de la habitación, con el

pecho desnudo y el teléfono en la mano. Aún llevaba la falda gris del trabajo, remangada y arrugada. Tenía un moratón en el labio, y yo sangraba por la nariz.

—¿Qué ha ocurrido? —Mantuvo la distancia, aunque su expresión era más de confusión que de miedo.

Intenté hablar, pero no pude. Después de incidentes así, cuesta trabajo recuperar el habla.

—¿Te encuentras bien?

Asentí.

—Me has asustado.

Oí una sirena fuera, una ambulancia que subía por la colina.

—He llamado a urgencias —me dijo.

Al cabo de un minuto el personal sanitario llamó a la puerta. Conseguí hablar con voz audible pero débil, una especie de graznido.

—Será mejor que los hagas entrar —comenté.

Sara cogió una bata, una prenda de seda con borde de encaje, y se la abotonó hasta el cuello. Yo recuperé mis pantalones del suelo.

Abrió la puerta a los sanitarios. El primero era alto y serio, y le costaba un poco respirar a causa de la subida por las escaleras. El segundo era un individuo flaco con todo el aspecto de trabajar en el depósito de cadáveres. Contemplaron la escena y nos miraron.

El flaco me observó con suspicacia y se dirigió a Sara:

—¿Se trata de una pelea doméstica? —preguntó—. ¿Llamamos a la policía?

—No —dije.

Entonces intenté explicarme. De niño había padecido el síndrome de Hayes o síndrome del desvanecimiento, como se le suele llamar. Síncopes repentinos, no propiamente ataques, pero casi. El niño se queda de pronto quieto, conteniendo la respiración con los ojos abiertos. A veces el incidente dura mucho tiempo, la piel se vuelve azul y las venas hinchán. El mayor peligro radica en el espectador, en la tendencia a perder los nervios y sacudir a

la víctima para que vuelva a respirar. Eso es precisamente lo que no debe hacerse, pues la víctima se revuelve y se enfurece mientras sigue inconsciente, sin darse cuenta de nada.

Generalmente el síndrome de Hayes desaparece con el tiempo, aunque se sabe que perdura hasta la adolescencia e incluso hasta la edad adulta, reapareciendo en momentos de tensión emocional. Les expliqué todo esto a los enfermeros. Sin embargo, no dije que había especialistas para los cuales no se trataba de una enfermedad, sino de una excusa, una disculpa inventada a posteriori para no asumir una conducta violenta de la cual se es plenamente consciente.

—He sufrido un ataque —le dije al conductor de la ambulancia—. Sara no sabía qué hacer. Intentó contenerme... y creo que nuestras cabezas han debido de chocar.

El hombre miró a Sara.

—¿Es eso lo que ocurrió?

Sara se frotó las muñecas por donde yo la había agarrado. Parecía conmocionada. Yo me sentía incómodo. Quería explicarles que no soy un hombre violento, pero me mordí la lengua, pues me daba cuenta de que la situación resultaba equívoca y de que cuanto más protestase, menos me creerían.

—Está diciendo la verdad —admitió al fin Sara—. Ví cómo su cuerpo se agarrotaba.

El conductor entró en la cocina y regresó con el vaso de vodka vacío en la mano, olisqueándolo.

—Han estado bebiendo.

—No —repuso Sara—. Bueno, Jake tomó una copa. Una sola. Pero yo no bebí nada.

La miré, sorprendido.

—La tiré por el fregadero —explicó.

Asentí, pero me sentí traicionado en cierto modo. Me acordé de su expresión cuando estaba encima de mí en la cama (llena de sopor, con los ojos soñolientos, como si estuviera a punto de caer en una profunda languidez), pero cuando la agarré por los hombros reaccionó muy rápido. Sobria como un bebé.

El flaco hizo un aparte con Sara y repasó la historia con ella en privado. El otro me ayudó a limpiarme la nariz. Me examinó, mirándome los ojos con una luz, me tomó el pulso y la tensión.

—Sería aconsejable que nos acompañase al hospital para que le hicieran un TAC y comprobasen que todo está bien.

El flaco volvió. Se encogió de hombros con mala cara, como si le decepcionase que Sara no hubiera cambiado la historia. Se demoraron un rato, intentando convencerme para que fuese al hospital, pero me negué.

Cuando se marcharon, Sara se sentó a mi lado en la cama. Persistía la cautela, pero mezclada con algo más. Tal vez preocupación o compasión. Cubrió mi mano con la suya y sentí que de nuevo surgía la confusión.

—Lo siento —dije—. Quizá... —titubeé, buscando una explicación.

—¿Qué?

—No sé. No puedo decirlo. Esta situación, lo que hay entre tú y yo.

—¿De qué hablas?

—Tal vez sea el caso en el que estoy trabajando. A veces esas cosas obsesionan y nos atrapan.

—Me has asustado —dijo con ternura.

La abracé. Seguía tensa, pero le reconfortaba mi presencia, el lento regreso a la normalidad.

—Lo siento —repetí.

—Hay algo en ti —dijo—, que me resulta irresistible.

Se rió un poco. Luego, me besó con más dulzura de la que cabía esperar. Me echó el pelo hacia atrás, arreglándome la coleta. La cogí por la nuca y la acaricié, diciéndole lo hermosa que era y lo mucho que me recordaba a una muchacha que había visto una vez en un campo de flores, en un ascensor, en un bar, en cualquier parte, una vez. Era una chica dulce, pero había algo más en ella. Le gustaba la sensación de peligro, la oscuridad escondida. Saboreé sus labios. Me aparté y miré a mi alrededor. El aura había desaparecido de la habitación.